

Los pilares de la paz

Richard Nixon

Rememorando el "Discurso de la Cortina de Hierro" pronunciado por Winston Churchill hace poco más de cuarenta años en Estados Unidos, el expresidente norteamericano Richard Nixon, en conferencia reciente ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Los Angeles, California, hizo un penetrante análisis sobre el desarrollo de las relaciones EEUU-URSS desde aquella época. En su exposición, Nixon sostiene la necesidad de imprimirle un "nuevo realismo" a la geopolítica internacional, basándose en el reconocimiento explícito de ciertas diferencias irreconciliables entre las dos superpotencias. Con base en el respeto mutuo, propone ocho pilares sobre los cuales construir una era de paz en donde el mundo entero no se sienta constantemente en peligro por la amenaza nuclear.

* * *

PODRÍA REFERIRME A UN BUEN NUMERO DE ASUNTOS de actualidad en la política exterior: Filipinas, el Medio Oriente, África o Nicaragua. No obstante, a veces resulta conveniente hacer marcha atrás y situar las cuestiones presentes en su perspectiva histórica. El año pasado estuvo colmado de importantes conmemoraciones: el cuadragésimo aniversario de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, los cuarenta años del lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima y los cuarenta años de las Naciones Unidas. Pero este año hubo también otro cuadragésimo aniversario que no fue recordado de la misma manera, pese a que ningún otro hecho repercutió tan hondamente como éste en la conformación del mundo que hoy conocemos; me refiero a que han transcurrido cuarenta años desde la alocución pronunciada por Churchill en Fulton, Missouri, el 5 de marzo de 1946, conocida como el discurso de la Cortina de Hierro.

¿Por qué causaron tanto impacto las palabras pronunciadas en un pequeño colegio universitario del medio-oeste por un hombre de 72 años que había sido Primer Ministro de Gran Bretaña y que acababa de enfrentar una abrumadora derrota electoral seis meses atrás? Con excepción de su pintoresca retórica, lo que Churchill dijo entonces no sería particularmente novedoso en nuestros días: "Desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Mediterráneo, se ha corrido una cortina de hierro a través del continente europeo". Pero, en su momento, fue una declaración revolucionaria. Durante cuatro años, los Estados Unidos y la Unión Soviética habían sido aliados en una guerra contra Hitler. Se habían formado sociedades de amistad soviético-nor-

IV TRIMESTRE 1986

teamericana en muchas de nuestras ciudades. Habíamos celebrado juntos el Día de la Victoria, el 7 de mayo. En conjunto con otros países, pusimos en marcha la Organización de las Naciones Unidas. Después de que los norteamericanos lanzamos la bomba sobre Hiroshima, la Unión Soviética se nos unió en la guerra contra el Japón. Aún en las postrimerías de 1945, nuestro Departamento de Estado insistía en desalentar la publicación de libros y artículos anti-soviéticos.

En la conferencia de Potsdam en agosto de 1945, Joe Davies, embajador de Roosevelt ante la Unión Soviética y condecorado por Stalin con la Orden de Lenin, comentó al nuevo Presidente norteamericano, Harry Truman: "Creo que se han herido los sentimientos de Stalin; le ruego que sea amable con él". Truman trató de congeniar con Stalin, pero éste era muy perspicaz. A medida que Stalin iba aplastando toda oposición anti-soviética en los países del Este de Europa uno tras otro, comenzaban a crecer las dudas sobre nuestras relaciones con la Unión Soviética. El Secretario de Estado James Byrnes urgió a Truman para que se impusiera sobre las "palomas" pro-soviéticas que formaban parte de su Administración. El 5 de enero de 1946, el Presidente comentó a un asistente: "Estoy cansado de mimar a los soviéticos. No seguiremos comprometiéndonos".

Pero la gran mayoría del pueblo norteamericano no había percibido este cambio de política. El 5 de marzo, Churchill dijo públicamente lo que otros hasta ese momento sólo podían expresar en privado. El mundo no lo había escuchado en los años 30 cuando él lo había alertado una y otra vez contra la agresión de Hitler. Ahora el mundo sí lo escuchó: y surgió la gran alianza contra una ulterior agresión soviética.

Cuarenta años después, con su legendaria visión, ¿cómo evaluaría Churchill el conflicto Este-Oeste? Se habría mostrado satisfecho porque no ha habido más conquistas soviéticas en Europa occidental y porque el mundo se ha salvado hasta ahora de los horrores de una tercera guerra. Pero se sentiría profundamente preocupado al observar que la Cortina de Hierro no ha permanecido estática sino que ha extendido sus férreos tentáculos para imponer dictaduras comunistas en otros países del Asia, del África y de América Latina. Primero fue Cuba, en 1959; y posteriormente, entre 1975 y 1979, Vietnam, Camboya, Laos, Mozambique, Angola, Etiopía, el Yemen y Nicaragua quedaron detrás de la Cortina de Hierro. Finalmente, en 1979, las tropas soviéticas invadieron Afganistán y un gobierno anti-occidental tomó posesión de Irán. En menos de cinco años, Occidente perdió diez países con más de 100 millones de habitantes.

Aún más preocupado se habría mostrado Churchill ante el frustrado giro que ha afectado al balance militar del poder. En su discurso de la Cortina de Hierro expresó: "según lo que sé de nuestros amigos rusos, puedo decir que no hay nada que admiren más fervientemente que la fuerza y no hay nada que les inspire menos respeto que la debilidad, particularmente la debilidad militar".

Como hombre educado en la Marina, habría estado vivamente impresionado ante el hecho de que la Unión Soviética de 1946, sin acceso al mar, tiene hoy la armada más poderosa del mundo.

Pero su mayor preocupación habría sido el cambio que se ha presentado en el balance nuclear del poder. Desde 1946, cuando habló en Fulton, hasta 1964, cuando murió, la superioridad nuclear de los Estados Unidos sobre la Unión Soviética era incuestionable. Y ello constituyó el factor esencial para refrenar la agresión soviética en Europa, en el Medio Oriente y en otras áreas de crucial importancia. Ya no tenemos esa superioridad los norteamericanos. Seguimos a la cabeza en misiles oceánicos y en armas aéreas, pero la ventaja de la Unión Soviética es decisiva en lo que concierne a los armamentos más poderosos y de mayor precisión: los misiles nucleares con base en tierra. Con sus 308 SS-18s, cada uno provisto de diez cabezas nucleares, y cientos de SS-19s, los soviéticos tienen la capacidad de dejar fuera de acción a la totalidad de nuestros misiles de tierra en un primer ataque y aún contarían con los suficientes cohetes para destruir todas nuestras grandes ciudades. Churchill habría advertido que el mayor peligro que enfrentamos no es la guerra nuclear sino el chantaje nuclear. Por esa razón apoyaría tenazmente los esfuerzos emprendidos por el Presidente Reagan para reducir esa amenaza devolviendo a los Estados Unidos su poderío militar.

Churchill era no solo un realista sino también un optimista. Indudablemente habría percibido los acontecimientos positivos que se han presentado durante los últimos cuarenta años.

La Cortina de Hierro sigue dividiendo a Europa, pero la Gran Muralla de China bloquea la expansión soviética en el Asia. El suceso geopolítico más significativo de estas cuatro décadas fue la ruptura chino-soviética en 1961, seguida por el acercamiento chino-norteamericano en 1972.

Sin embargo, tenemos que mirar este hecho en perspectiva. China continúa siendo un país comunista no aliado de Occidente. Pero lo más importante es que tampoco es un aliado de la Unión Soviética. En consecuencia, constituye un segundo frente en potencia para los soviéticos en el caso de que llegaran a atacar a Europa Occidental. China todavía no cuenta con un gran poder económico y no es una superpotencia mundial, pese al hecho de haberse unido al club nuclear en 1964. Pero los soviéticos piensan en términos de siglos y no sólo de décadas, como usualmente lo hacemos nosotros. En el siglo XXI, la República Popular China, dada su gigantesca población y sus enormes recursos naturales, llegará a ser una superpotencia militar y económica. Y ello no ocurrirá porque los chinos sean comunistas, sino porque son chinos.

¿Volverán los chinos a recurrir a los soviéticos? Únicamente si renuncian a Occidente. El notable líder chino de 83 años, Deng Xiaoping, sabe que China, con un ingreso per cápita inferior a los 500 dólares, necesita ante todo el progreso económico. Y aquí no queda duda sobre la alternativa que escogería. El modelo soviético no funciona, mientras que el nuestro sí. Por eso nuestra cooperación económica con la República Popular China es aún más importante que la militar. Mientras Pekín tenga interés en conservar buenas relaciones con Occidente, no volverá sus ojos hacia los soviéticos ni renovará su alianza con ellos.

Esto nos enfrenta al acontecimiento más profundamente positivo de los últimos cuarenta años. La Unión Soviética ha perdido la batalla ideológi-

ca en el mundo. En el futuro sólo podrá expandirse mediante el poder de sus armas, no por la seducción de sus ideas. No sucedía así cuarenta años atrás, cuando Churchill alertó sobre el creciente poder del partido comunista en Italia, Francia y otros países europeos durante el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Tampoco ocurría hace treinta y tres años, cuando visité como Vicepresidente diecinueve naciones asiáticas y vi cómo muchos educadores, líderes laborales y figuras políticas no comunistas se preguntaban cuál sería, entre el modelo soviético y el chino, el camino mejor y más rápido para garantizar el progreso de sus países, recientemente independizados. Visité varios de ellos nuevamente hace poco y constaté que esa ya no es la situación. El comunismo ha perdido su atractivo, excepto para algunos revolucionarios marxistas recalcitrantes.

¿Cuál es la explicación de este cambio? Hace sesenta años, un reportero soñador de un periódico norteamericano, Lincoln Steffans, escribió al regresar de una visita a la Unión Soviética: "He estado en el futuro y funciona". Hoy ya hemos visto ese futuro, y sabemos que no funciona. No funciona en Europa del Este, donde el único progreso económico significativo se da en Hungría, la cual, aunque sigue siendo miembro leal del bloque soviético, ha comenzado a alejarse de la ortodoxia del modelo económico marxista. No funciona en el Tercer Mundo. Cuba, Nicaragua, Vietnam, Angola, Mozambique y Etiopía son desastres económicos que demandan enormes subsidios de la Unión Soviética.

Lo más significativo es que el modelo tampoco funciona en la Unión Soviética. Es por ello que el principal objetivo de Gorbachev radica en poner nuevamente en movimiento la economía de su país. De no alcanzar su meta, no podrá permitirse sus descomunales gastos militares, ni mantener los subsidios a los estados satélites, ni proporcionar una vida mejor al pueblo ruso, ni conseguir que su modelo sea el que otros elijan sin tener que imponerlo por la fuerza.

Las únicas historias de éxito económico en los últimos cuarenta años han tenido lugar en países cuyos líderes recurren al mercado, más que al gobierno, en busca de progreso. Las milagrosas recuperaciones del Japón y de Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial han sido ampliamente divulgadas. Menos conocido es el hecho de que los gobiernos no comunistas del extremo del Asia (Corea del Sur, Hong Kong, Taiwan, Singapur, Malasia y Tailandia) han realizado notables adelantos y están preparados para mayores despegues económicos.

China es el ejemplo más sorprendente de todos. Pero conviene nuevamente seguir mirando en perspectiva estos acontecimientos. Deng Xiaoping y sus colegas continúan siendo comunistas y el término capitalismo es todavía una mala palabra en la República Popular China. Pero esos hombres también son chinos y están impresionados por lo que otros chinos han logrado en Taiwan, Hong Kong y Singapur. Como chinos están dispuestos a utilizar herramientas capitalistas para alcanzar metas comunistas.

Hasta 1979, la consecuencia de la adhesión a la política estrictamente marxista en la República Popular China consistía en dar a cada chino una cuota equitativa de pobreza. Deng Xiaoping ha decidido que la única manera

de alcanzar el progreso es dar a cada chino una oportunidad de ganarse la salida de la pobreza. Reconoce que su alternativa está entre una rígida igualdad a costa del progreso y el progreso a costa de una cierta desigualdad. La agricultura es una muestra asombrosa del éxito. Los campesinos chinos, que ya están en capacidad de devengar mayores ingresos al rendir más, producen lo suficiente para alimentar a mil millones de compatriotas y aún les sobra un remanente para exportar. Por el contrario, la Unión Soviética, en donde los campesinos aún trabajan en granjas colectivas comunistas, se ven obligados a importar alimentos para nutrir a sus 275 millones de habitantes.

Deng Xiaoping y sus colegas afrontan aún problemas masivos. Inevitablemente se han hecho presentes la escasez, la inflación y la corrupción, a medida que se han ido levantando los apretados controles económicos. Algunos chinos se oponen al cambio, porque tienen intereses en mantener el statu quo. Pero mientras su experimento con los incentivos del mercado produzca resultados, Deng y sus sucesores seguirán aferrándose a él.

El persistente éxito de estas nuevas políticas podría tener profunda influencia más allá de la China, al suministrar un modelo a seguir para otros países en desarrollo. La pregunta más intrigante es si los rusos copiarán el ejemplo. Pese a las reformas de que habla Gorbachev, las actuales indicaciones muestran que no lo harán. Yegor Ligachev, sucesor de Suslov como primer ideólogo soviético, ha rechazado cualquier giro hacia los principios del mercado o la empresa privada por considerarlos "una separación peligrosa e inaceptable de los fundamentos marxistas". Aparte de la adhesión a la ideología, existe otra razón muy práctica para esta actitud. Gorbachev y sus colegas enfrentan un dilema. Para obtener progreso, necesitan dar más libertad a su pueblo. Para conservar el poder, deben procurar que haya menos libertad. Deng Xiaoping se siente lo suficientemente fuerte como para correr este riesgo, por lo que ha preferido el progreso a la ideología. Un alto líder chino me dijo el año pasado que, a menos que promuevan una apertura económica, los soviéticos "desaparecerán" como superpotencia en el siglo XXI. Quizás ésta es una exageración; pero si Gorbachev fracasa en sus intentos de hacer funcionar mejor su viejo modelo económico, no tendrá más alternativa que la de recurrir a uno nuevo.

Es por ello que Estados Unidos y Occidente tienen tanto en juego en el progreso económico de la China. Ciento ochenta años atrás, Napoleón manifestó: "La China. He ahí a un gigante dormido. Dejémoslo dormir. Porque cuando despierte estremecerá al mundo". El gigante ha despertado. La forma en que pueda estremecer al mundo está tanto en sus manos como en las nuestras.

Pasemos ahora al principal problema de política exterior de nuestros tiempos. Nuestra actitud política con respecto a Latinoamérica, Africa, el Medio Oriente y otras grandes naciones de Europa y del Asia es de vital importancia, pero es nuestra relación con la Unión Soviética lo que determinará si habrá de sobrevivir la civilización de este planeta. Hay una doble cerradura en la puerta que abre el camino a una paz verdadera en el mundo. Estados Unidos tiene una llave, la otra está en poder de la Unión Soviética. Sin una y otra la paz no podrá preservarse.

Hace cuarenta años, Estados Unidos ejercía el monopolio sobre la bomba atómica. En su discurso de la Cortina de Hierro, Churchill señaló: "Nadie en ningún país ha dejado de dormir mejor en su cama porque actualmente el conocimiento y el mecanismo y las materias primas para utilizarla (la bomba atómica) se hallan hoy en manos norteamericanas. No creo que pudiésemos dormir tan serenamente si se hubiese trocado la situación y si, en este momento, algún estado comunista o neo-fascista tuviese el monopolio de esos terribles instrumentos".

Cuando Churchill hizo esta declaración cuarenta años atrás, Estados Unidos tenía nueve bombas atómicas solamente. La Unión Soviética no poseía ninguna. Hoy, Estados Unidos y la Unión Soviética cuentan cada uno con más de diez mil cabezas nucleares de guerra en sus armamentos intercontinentales, y la más pequeña de ellas es diez veces más poderosa que la bomba que destruyó Hiroshima. Continuar la carrera armamentista es una locura. Por esa razón Ronald Reagan, un presidente norteamericano popular y poderoso, y Mikhail Gorbachev, el nuevo y pujante líder de la Unión Soviética, tienen el destino del mundo en sus manos mientras intentan detener el armamentismo y proceden al desmonte de las armas nucleares.

Pero reducir el número de las armas nucleares no necesariamente disminuye el peligro de una guerra. Deng Xiaoping hizo hincapié en ello en una entrevista en la revista *Time*, cuando se le pidió comentar la propuesta a Estados Unidos y a la Unión Soviética de mermar en un 50 por ciento sus arsenales nucleares. Observó que, cuando cada uno tiene el poder de destruir diez veces el mundo, reducir los armamentos para que quede la posibilidad de acabar con él solamente cinco veces no es algo verdaderamente tranquilizador. No es la existencia de las armas lo que conduce a la guerra, sino su utilización. Por esa razón, todo movimiento destinado a reducir las diferencias políticas que podrían provocar el uso de las armas tiene que ir aparejado con el control de los armamentos si se desea preservar la paz.

Examinemos las diferencias políticas entre la Unión Soviética y los Estados Unidos como lo haría Churchill... Llegando al meollo del asunto.

Nuestras diferencias no se deben a una falta de entendimiento. Puede ser útil que haya mayores intercambios culturales, pero ellos no influirán ni un ápice en las políticas de los inflexibles hombres del Kremlin.

Nuestras diferencias no se basan en cuestiones de personalidad. El hecho muy divulgado de que Gorbachev tiene una magnífica educación, un firme apretón de manos, un buen sentido del humor, una voz melodiosa y una esposa que viste ropa de diseñadores exclusivos, puede ser interesante; pero no es más significativo para sus futuras políticas que la circunstancia de que Khrushchev, según algunos críticos que lo subestimaban, era mal educado, bebía demasiado, vestía trajes que le quedaban mal y hablaba un pésimo ruso. Cuando se da más importancia al estilo que a la sustancia, lo primero que se sacrifica es la ecuanimidad. Lo que tenemos que reconocer es que quien logra abrirse con las uñas su camino hacia la cumbre, en la jungla de la jerarquía soviética, debe ser un líder poderoso, un devoto comunista y un formidable adversario.

Gorbachev es un producto del sistema. Tratará de hacerlo funcionar mejor, pero no arriesgará su poder modificándolo. En la política exterior

se mostrará inflexible, en lo que respecta a conservar lo que ha heredado. Continuará persiguiendo el objetivo a largo plazo de expandir el poderío comunista. Pero su meta más urgente a corto plazo consiste en volver a poner en marcha la economía soviética porque, sin un desarrollo productivo pujante, no puede sostener una fuerte política exterior. Por lo tanto, su necesidad inmediata es la de disminuir las tensiones con Estados Unidos y Occidente. ¿Cómo deberíamos reaccionar en este caso?

La política de la contención ya no resulta adecuada, porque la Unión Soviética ha salido de detrás de la Cortina de Hierro. La de la distensión no puede ser resucitada. Las "palomas" la consideran una fraternidad institucionalizada. Los "halcones" creen que es la institucionalización de la rendición. Ambos se equivocan. Pero el mundo ha olvidado su significado.

Lo que se hace necesario en nuestras relaciones con la Unión Soviética no es un nuevo espíritu ni un nuevo ambiente sino un nuevo realismo.

Toda relación con la Unión Soviética que tenga alguna oportunidad de sobrevivir debe estar construida sobre ocho indispensables pilares de la paz.

1. Nuestra política debería estar basada, no en la dulce ilusión del afecto recíproco, sino en la dura realidad del respeto mutuo. Los rusos y los norteamericanos pueden ser amigos. Pero los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Soviética nunca podrán serlo; sin embargo, no podemos permitirnos el lujo de ser enemigos. Como lo expresó enfáticamente Gorbachev en su conferencia de prensa en Ginebra, los rusos no son unos mentecatos. El pueblo ruso es un gran pueblo y la Unión Soviética es una superpotencia militar. El gobierno soviético, por lo tanto, merece nuestro respeto. Pero respeto no es lo mismo que afecto.

La mayoría de los eruditos hicieron la pregunta equivocada en Ginebra: ¿El Presidente Reagan y Gorbachev... *simpatizan* mutuamente? Mucho más importante era preguntar si se *respetan* mutuamente. El afecto entre aliados es conveniente. El respeto entre adversarios es indispensable. El mayor peligro de una guerra hoy en día no radica en que cualquiera de las superpotencias haga estallar un conflicto suicida, sino en que la guerra surja de un cálculo equivocado. Por ello es tan importante restablecer la práctica de las cumbres periódicas. Si dos líderes se conocen, es posible que no se agraden mutuamente; pero ese conocimiento mutuo reduce el riesgo de que cualquiera de los dos juzgue mal al otro y subestime su deseo de resistir donde sus intereses vitales están amenazados.

2. Debemos reconocer con honradez nuestras diferencias y no tratar de paliarlas. No nos gusta su sistema y a ellos no les gusta el nuestro. Tenemos profundas divergencias, algunas de las cuales nunca podrán ser superadas. Compartimos un interés común esencial: evitar una guerra, por encima de nuestras diferencias. La meta de nuestra diplomacia, por ende, debería limitarse a una sola: resolver las desavenencias hasta donde sea posible y, cuando resulte imposible, crear reglas para comprometernos a vivir con nuestras diferencias en lugar de morir por ellas.

3. No intentaremos imponerles a ellos nuestro sistema y nos resistiremos a sus esfuerzos por imponer el suyo sobre nosotros y nuestros aliados.

4. No buscaremos la superioridad militar estratégica, pero haremos lo que sea necesario para evitar que ellos la adquieran.

5. Apoyaremos a nuestros amigos del Tercer Mundo, así como ellos apoyan a los suyos. Nos encontraremos con ellos a mitad de camino para mitigar conflictos del Tercer Mundo en aquéllas regiones en que chocan nuestros intereses en forma tal que podrían arrastrarnos a la guerra.

6. Somos adversarios geopolíticos, pero deberíamos reconocer que tenemos un enemigo común: el terrorismo internacional.

7. Acogemos un creciente intercambio comercial con la Unión Soviética, pero no nos comprometeremos en aquello que ayude a nuestra propia destrucción.

8. Ha llegado el momento de una era de nuevo realismo en las relaciones entre norteamericanos y soviéticos. Los viejos conceptos de la contención y de la distensión ya no son viables. Debemos explorar nuevos terrenos, combinando la competencia y la coexistencia. Debemos competir mutuamente en lo económico y en lo ideológico, a ambos lados de la Cortina de Hierro. Tendríamos que cooperar unos con otros para tratar de evitar que esa competencia se convierta en una escalada hacia el conflicto armado.

Que caigan o se mantengan en pie los ocho pilares de la paz depende de la fuerza, la voluntad y el liderazgo de Estados Unidos. Esto exige adelantar una actividad en tres frentes distintos.

Es necesario conservar una economía fuerte, sana, productiva y libre. Sin una economía sólida no podemos permitirnos los gastos militares que requiere nuestra defensa y que exigen las negociaciones sobre la reducción de armamentos. Siendo así, no podremos mantener una política exterior firme. Sin una economía fuerte, no estaremos tampoco en capacidad de dar ejemplo de cómo actúa la libertad en la batalla ideológica que se libra en el mundo.

Debemos restablecer la política exterior bipartita, que se inició después del discurso de la Cortina de Hierro de Churchill y resultó sacrificada en la Guerra de Vietnam. Esta será una lucha prolongada. Mikhail Gorbachev tiene cincuenta y seis años. Podrá vivir lo suficiente como para negociar con cinco presidentes norteamericanos. Asegurémonos de que nunca se encuentre en la posición de dilatar las negociaciones que podrían contribuir a la paz con un presidente, con la esperanza de lograr un convenio mejor con el siguiente.

Ante todo es preciso que tengamos una visión clara y positiva del papel y de la meta de Estados Unidos en el mundo. Permitanme ilustrar lo anterior con una referencia personal.

Hace también cuarenta años fui elegido al Congreso por primera vez. He tenido el privilegio de trabajar como senador, como Vicepresidente y como Presidente de los Estados Unidos. He obtenido grandes victorias y sufrido frustrantes derrotas. He estado en las más altas cumbres y en los valles más profundos. Pero en todos esos momentos me ha sostenido la firme creencia de que éste es un país bueno y grande, que representa la esperanza del mundo.

He estado en casi todos los países de la tierra. He presenciado el odio contra Norteamérica en los rostros de una airada multitud comunista en Caracas, pero también he sido testigo del amor por nuestro país.

Nunca olvidaré la tumultuosa bienvenida de que fuimos objeto por parte de 250.000 polacos en Varsovia, después de mi debate con Kruschev en 1959. A nuestra caravana de automóviles fueron arrojados centenares de ramos de flores. Había lágrimas en los ojos de muchas personas mientras gritaban una y otra vez: "¡Niech zyje America!" "¡Larga vida a los Estados Unidos!".

Tenemos que soportar el odio. Pero seamos dignos del amor de millones de personas en el mundo, para quienes Estados Unidos es un símbolo de esperanza y libertad.

Tres mil millones de personas en el mundo tienen un ingreso per cápita inferior a los 600 dólares. En su mayoría, viven bajo gobiernos que difícilmente podrían cumplir las normas mínimas de democracia sobre las que insistimos en el caso de Filipinas. Buscan la forma de salir de la miseria y de la pobreza que agobian su existencia. El camino que elijan afectará no sólo su futuro sino el nuestro.

No basta con que nos mostremos contrarios a la vía del comunismo, porque ello sólo empeoraría las cosas. Ayudémoslos a encontrar un nuevo sendero que mejore su situación. No les hablemos únicamente de aquello a lo que nos oponemos, sino también de aquello que defendemos. Dejemos en claro que sus conflictos y necesidades seguirían preocupándonos, aún si no existiese la amenaza comunista.

Propugnemos porque nuestro legado no sea únicamente la circunstancia de haber salvado al mundo del comunismo, sino el hecho de haber contribuido a forjar un mundo seguro para la libertad.

¿Cuál sería el mensaje de Churchill si pudiese hablarnos ahora? Escuchemos sus palabras:

"Estados Unidos se encuentra hoy en día en el pináculo del poder en el mundo. Este es un momento solemne para la democracia norteamericana, pues a la primacía del poder, se une también una responsabilidad para el futuro que inspira reverencia".

"Es posible que regrese a la Edad de Piedra en las alas fulgurantes de la ciencia y que aquello que supuestamente derramaría incommensurables bendiciones sobre la humanidad, contribuya a su total destrucción".

"Tenemos todavía nuestros destinos en las manos. Poseemos aún el poder de salvar el futuro".

Que esta generación de norteamericanos no sea recordada por presidir el ocaso de una vieja civilización, sino por haber contribuido a anunciar la aurora de una nueva era en la que el sangriento siglo XX quedó atrás para dar paso a un siglo XXI de paz... una era en la que todos los pueblos tuvieron la oportunidad de disfrutar de las bendiciones de la libertad, la justicia y el progreso, que han hecho de Estados Unidos tan grata y grandiosa nación.